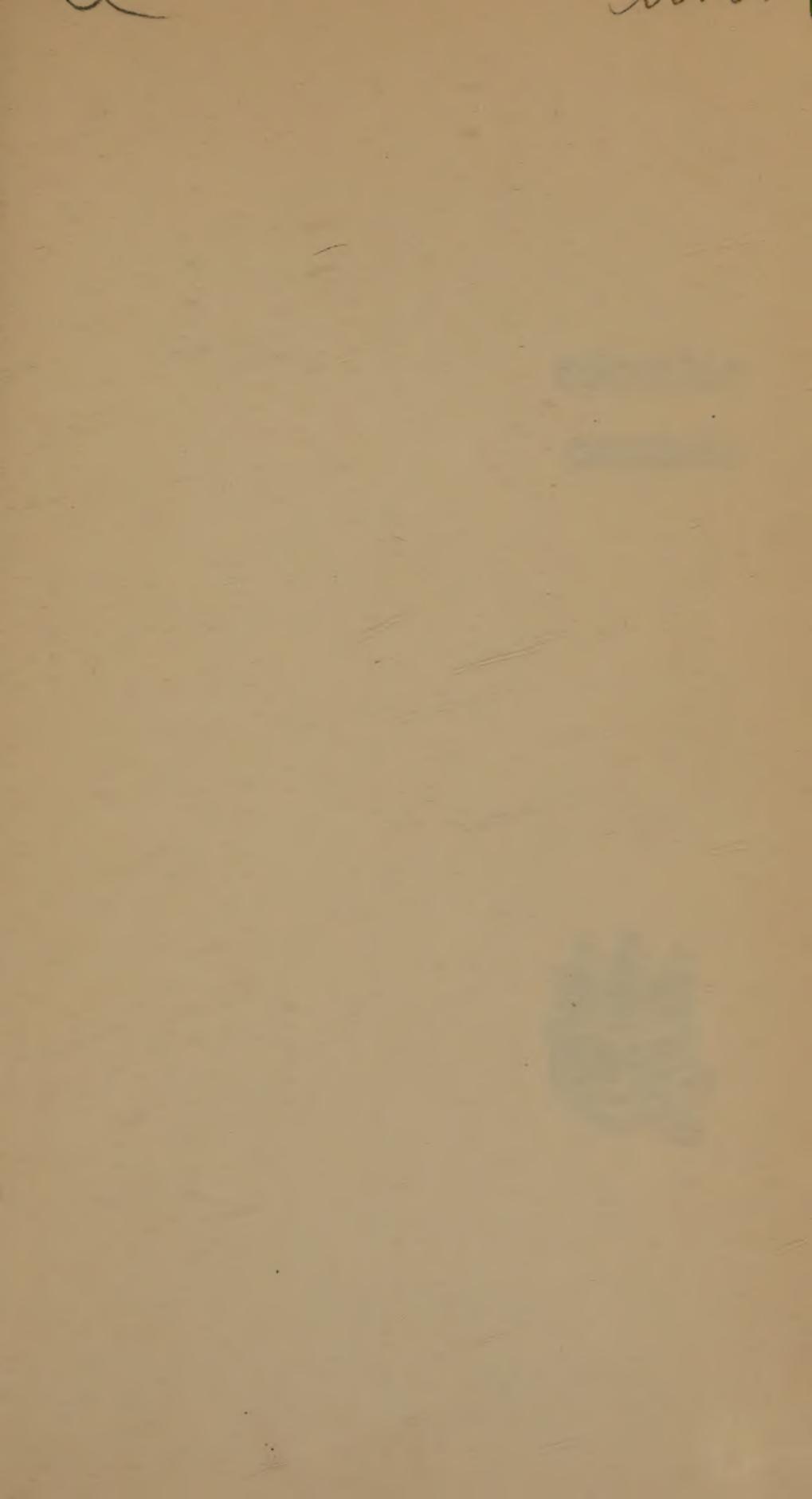


UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004110287



**colección
carabela**



Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by Editorial Alfa. Ciudadela 1389, Montevideo

Printed in Uruguay

Impreso en el Uruguay

PQ
7539
A47
V48

**claribel
alegría vía única**

poesía

**editorial alfa
montevideo**

*a Bud,
mi compañero en esta trayectoria*



piruetas en una sala de espejos

No ha sucedido aún,
sin embargo me veo
entre el humo de las locomotoras,
las voces,
el ir y venir de los pasajeros.

O en un muelle vacío.

Tu pañuelo,

tú,

mi barco alejándose,
el enlutado grito de mi barco.

Poco a poco el invierno

me ha ido desgastando:

sus árboles negros,

su agua lodosa

lamiendo piedras,

la bruma tumbada

sobre un horizonte de alambres

y chimeneas.

Un abismo a mi lado.

No lo ven los demás.
Un abismo de voces,
de ojos,
de fantasmas.
Siguen brotando manos.
La mano de Eugenia,
su temblor.
La mano de mi hija,
su dibujo.
Todas las manos pidiéndome,
exigiéndome,
y yo no soy capaz.
Todas las manos como plagas,
incendios,
cataclismos que me acechan,
me desnudan,
me estrujan.
Llevo tu rostro barajado
con vitrinas ortopédicas,
señas de tránsito,
anuncios de aspirina.
Soy el agua,
la espuma,
esa nube en el cielo.
No ha sucedido aún,
y ya pienso en nuestro amor,
en los días,
las horas de nuestro amor
como si el libro se hubiese cerrado
definitivamente.

té con las tías abuelas

Hay un tema de oboes:
tres notas juguetonas
de las tías abuelas.

Uno tras otro
Sus rostros de duende
se repiten.

La señorita Soto
irradiaba el hastío.

Como una brisa insípida
paseaba su mirada
por los estudiantes,
por las verduleras de grito plañidero.

En esa infancia,
en mi crisálida de sonidos,
de paredes de adobe,
de gestos familiares,
era fácil ser yo.

Aprendí a ser florero,
a tocar valses de Chopin
con un desgano anémico.

Las damajuanas despóticas
me ablandaban,
me modelaban.

Detrás de los ojos de don Chico,
detrás de su perfil de barro crudo,
adivinaba un vuelo de azacuanes;
su lejano alboroto
señalándome el cambio de estación.

Algunas voces quedan:
rincones que no me atrevo a explorar,
pálidas fieras que me acechan,
grutas donde caen las gotas del tejado
y descubrí en mis juegos.

Gota a gota

me desnudan los días,
se oscurecen los rostros,
se me borran mis santos.

Es difícil

saberme irremediable,
estridente de aristas,
erizada de mí.

la siguanaba

En mi casa
hay una lámpara que odio.
Vuelve mi hija el rostro
y surge la calavera.
Me deslumbra el abismo.
Debajo de mis pies
serpentean las grietas.
Mis ojos están fijos en el vacío:
fijos,
como a los que embrujó la siguanaba.
El abismo devora a mis amigos.
Yo me río,
voy a las fiestas,
quiero olvidarte a ti
que te he perdido,
construir una cadena humana,
una trenza de manos
que pueda rescatarme
si resbaló.
Vara mágica fuiste,
oráculo,

arco iris.

Háblame de becerros,
llévame de la mano
bajo nubes carnosas,
que el olor a granero
y a tierra mojada
asalte mis narices.

Esta noche,
aquí,
desde mi celda
te lo pido.

No te mueras, René,
no me abandones.

Regrésame a tu voz,
a nuestra infancia.

Condúceme hasta el río
en Nicaragua.

Ahí donde la mula
llevándonos a cuestas
se empeñaba en beber
y te grité al oído
con alegre terror.

He visto rostros nuevos,
anduve por ciudades,
conversé con marinos,
me acompañó el amor.

Pero el miedo es un ácido.
Los amigos,
los libros,
la familia,

no esconden el vacío.

Lo disfrazan, apenas.

Niño demente el tiempo:

la nariz aplastada contra el vidrio,
ofreciéndome muertes.

La siguanaba se lanza detrás del viajero.

Lo envuelve con sus brazos,
con su grito.

Deja ceniza el rostro

y la mirada ausente.

Me ha estampado su huella,
me ha citado en un martes
y me voy acercando.

No comprendía entonces,
en mi estación de ríos,

de zenzontles,

de becerros.

aunque dure un instante

Ahora,
mientras el río de obsidiana
nos refleja,
quiero hablarte de amor,
de nuestro amor,
de los diversos hilos
de su trama,
del amor que se toca
y es herida
y que también es vuelo
y es vigilia.
Sin él,
el verde de las hojas
no tendría sentido,
ni el farol de la calle
iluminando el agua,
ni la imagen ondeante
de la iglesia.
Mi amor es la escudilla
en la que tú dejaste una moneda,

la moneda tañéndome que existo,
la trenza que forjan las palabras,
el vino,
el mar desde la mesa,
los malentendidos,
los días
en que nos damos cuenta
que ya no somos uno,
que estamos alejados
irremediablemente.

Ayer,
desde mi exilio,
inventé que llegabas.

Salí del hielo,
espanté pingüinos,
desplacé a las estrellas
acechando tu desembarco.

Quería ayudarte a plantar banderas,
celebrar de rodillas
el milagro.

Ahí quedé
con mis señales.

¿Te sorprende mi vértigo ?
Estoy hablando de eso:
de la alegre punzada
de saber que sí,
que de pronto es verdad,
que no estoy sola,
que estamos juntos bajo el árbol
con mi mano en tu mano,

que nos refleja el río,
que ahora,
en este instante,
en este ahora,
aunque dure un instante,
estás conmigo.

el abuelo

Me mira,
desde un daguerrotipo
con el marco ovalado.
La figura frágil,
apoyada su mano
sobre el espaldar barroco
de una silla,
la garganta hundida
detrás de un cuello muy alto.
Para mí fue el tronco,
el único abuelo.
Nació gran señor.
Su vida,
una lenta bancarrota.
En la casa de paredes añosas
de un metro de ancho,
sentados sobre el poyo
de la ventana,
me contó de su tía,
de cómo enrollaba hojas

de tabaco
y asoleaba en el patio
sus monedas de plata.
Desde el avión que llega,
que me trae,
adivino su gesto.
Me siento lejos de él.
Imagino el paisaje
caminado a paso de hombre:
las hojas,
la yerba,
la tierra oscura,
volcánica,
las chozas con su cerco
de izote.

Vivió París:
Le Bois de Boulogne en carroaje,
conciertos,
champagne,
un Don Juan salvadoreño
con sombrero de copa
y con bastón.
Soy fruto de su derrota,
segunda cosecha
de sus años grises.
Ante el alto escritorio,
sin notar la penumbra
que crecía,
recitaba en voz lenta
Lamartine.

No supo darse cuenta.
Le quitaron sus fincas
los banqueros.
Las bodegas,
los cofres
se quedaron vacíos.
Siguió ensimismado
entre sus libros,
musitando a Voltaire
y a Buffon:
en su gran biblioteca,
desvalido.
Se vendieron las sábanas de lino,
el servicio de plata,
renunciaron los hijos
a estudiar secundaria
y falleció la abuela.
Van a construir un techo
sobre el patio.
El nuevo dueño alaba el escritorio.
Tiene varios cajones
para libros de cuentas.
Sonríó,
digo que sí.
Paso mi mano
por la madera.
Miro el polvo,
el blanco polvo centenario.
Dibujo con el dedo
una muñeca,

una niña de trenzas
y falda corta.
Sonrío,
digo que sí,
que cómo no,
que por supuesto.

soledad y nueve de julio

No tiene alas.

Es pequeña,

gris,

malformada.

Se oculta entre las hojas,
bajo los faroles.

Asalta,

mientras uno anda distraído
con la noche,
con la geometría claroscura
de los edificios.

Mira mis ojos.

Se han vuelto despiadados,
escrutadores;
ojos de opio,
ojos vidriosos
de animal aplastado en el camino.
No me hables de tranvías
ni de vestíbulos de teatro
con carteles.

Alcánzame una noche
más densa,
más cerrada.
Voy a morir un día
en un lugar absurdo.
No quiero saber
de puestos de tabaco
donde aguardan los viejos
con manos azuladas.

matinée

¿Y si existiera?
¿Qué haría la heroína
si existiera?
Noventa y cinco minutos.
Un trecho fácil de llevar.
Veinticuatro horas es distinto.
Todos los días veinticuatro horas.
Soy movimiento,
estorbo,
rotación que no se aplaca,
que aún no llega a su reposo.
Sigo subiendo.
Siete. Ocho.
Por mí entraste al vacío.
Fui el embudo,
el remolino con polvo
y paja.
Los dos pensamos:
Amor.
Era tan sólo agua,

agua sorbida por el caño
en espiral.

Agua,

sudor,

jabón.

No estás.

No me sorprende.

Entro con mi llave
y cuelgo el saco.

Se marchita el geranio.

Converso con mi madre.

Hace años

la vi muerta en el cajón.

Bailo con el bufón de ojos vidriosos:
los que arranqué al muñeco
por vacíos.

Hay ceniza en la calle,
en el cielo,
en la ventana.

Aleteo contra el vidrio nublado.

Tú y yo:

dos hambres que se borran
sin sentido.

Espero tensa,

oscura,

hipnotizada por los techos,
por la ventana,
por la lluvia,
por este ahora gris
que rechina vacío.

se hace tarde, doctor

Llegó hasta El Salvador sobre una mula.
Venía de Estelí,
de Nicaragua,
de aquella tierra azul
con olor a becerros
y a tiste.

Estudió bajo la luz de los faroles.
Ganó medalla de oro.

Pero no.

Quiero ser más precisa.

Lo veo,
llevándonos a cuestas por el patio,
haciendo de león para asustarnos,
mirándome a los ojos y diciendo:
“Para un viejo
una niña
siempre tiene el pecho de cristal.”

Recuerdo:
mi sofocante asombro,
mis preguntas,

las paredes de cal,
mis pantorrillas
que nunca me engordaban,
los arcos,
el jazmín,
el porte de mi madre,
su manojo de llaves
en el cinto.

A veces, por la noche,
mientras la luna
alumbraba los gatos de las tejas
y se oía chirriar a las cigarras,
nos habló de Sandino,
de sus hombres,
de las largas marchas por la selva,
de los marinos yanquis,
desde arriba silbando sus helldivers
para herir la columna.

Nos hablaba también de la cesárea,
de descubrir al niño acurrucado.

En días de neblina
subimos al volcán,
el rocío lamiéndome las piernas,
con orquídeas las ramas
y con musgo.
Subíamos al sol,
hasta la cumbre,
otra vez hasta el sol de Centroamérica.
Yo quería correr,
era el ama de casa;

salir a buscar nidos,
alisaba el mantel.
Mi hermano, canturreando,
hacía saltar piedras
sobre el lago de azufre,
de esmeralda.
Tu aire de patriarca
nos cohibía.
Presidías la mesa
como un señor feudal.
Quiero hablarte de mí,
de cómo soy.
Conservo mi egoísmo,
sigo haciendo complots
para ganar cariño.
Se hace tarde, doctor.
Los dos amanecimos
junto a un niño enfermo,
nos aburrimos
entre gentes extrañas,
hicimos el ridículo,
tropezamos,
caímos,
tuvimos que aceptar.
Me legaste riquezas:
Sandino, por ejemplo,
la unión de Centroamérica,
el afán de tener una cesárea.
El exilio nos duele.
Nos incomoda a veces

nuestro papel de padres.
Sigo pensando en mí con prioridad.
No soy tu hija ahora,
soy tu cómplice,
tu socio.
Mis derrotas,
mis luchas,
me han hecho el llanto fácil.
Pienso en ti mientras digo.
Pienso en mí,
en las cosas que ocurren.

sala de niños

No respiras el aire
que respiro,
ni consolaste a la madre balbuciente.
No llevaste el trozo de carne fría
hasta la morgue
ni mentiste diciendo que era un ángel.
Es distinto mi mundo.
Por mí degüellan terneros.
Me fastidias tú
con tu aire de esteta,
ofreciéndome horizontes de olas
y una playa blanca
y gaviotas
y pinos.
Mira mis horizontes desdentados.
Todos los días
puños de horas me golpean.
Se imponen los tejados

y el humo,
el olor a grasa quemada
en la cocina.

Eres sólo una trampa,
un temblor de mi infancia,
un yo hecho memoria
acechándome,
escarbando mi desamparo.

auto de fé

líneas rectas

No me interesa usted, señora Mowry.
Me aburre su colección
de porcelanas,
sus dos pekineses
dejando pelos largos
por las sillas.

Mi ovejero fue noble.
Repasábamos juntos
las calles provinciales.
Si quería extraviarme,
una tía
o un cura
nos cerraban la esquina.

Aprendí a caminar en línea recta.
Volé por línea recta
al extranjero.
Bajé entre rascacielos
y caminos más anchos.

Siguen bebiendo,
gesticulando,
conversando.

Sólo yo estoy viva,
sólo yo con mi carga.

Memoricé el idioma
para ajustarme al molde.

Conocí a muchachas peligrosas
que rompián las normas.

Discutí la moral,
la perseguí en los textos.

Al revés de mis sueños
se movía una sombra.

Cultivé compañeras
con la mirada dulce
de mi madre,
autores
con el sello arbitrario
de mi padre.

Pero quise a la vez
a dos marinos;
pero rompí mi taco en un concierto;
pero empezó mi amiga
con las náuseas;
pero mi tío
se ahogó.

morning thoughts

Hoy la luz es lechosa.
Me llegan titilando los olores.
Las cosas que recuerdo
—como un potrillo torpe
asaltaba el regazo de mi madre—
¿No lo sentiste así?
En un salón ruidoso
te encontré.
Hablamos de la India,
de T. S. Eliot,
del neorrealismo italiano.
Desde mis veinte años te miraba,
desde mi soledad
y mi deseo.
Surgen ahora rostros:
fatigadas meseras
retirándose hostiles
el menú,
empleadas de almacén

que me llamaban "honey".
En medio del asfalto
me ofreciste una encina.
Fue solamente un préstamo,
un pagaré a cobrar.
Con retazos de olores,
con cumplidos,
cada uno midió su desamparo.
Me fastidian los pájaros que chillan,
tus ideas políticas,
ese cuadro torcido.
Fuimos dos soledades
impermeables.
Con sigiloso empeño
hicimos presupuestos
y el amor.
Aprendí que reirse alivia,
que el calor de tu piel,
sin palabras,
sin sexo,
me disfraza el vacío.
Soy una boyá,
un corcho
que se levanta
y cae,
un ala templada por el viento,
un grito ronco,
inútil,
mendigando ternura.

prisionera

Cuatro muros me encierran
y animales domésticos
y niños.
No importas tú.
Vivo un mundo
que tampoco me importa.
Otra vez interrumpes.
Voy a estallar. ¡Cuidado!
La sombra entre mis sueños,
la bestia que me alcanza,
las pezuñas ruidosas:
todo eso soy yo.

confesión

Ya tu voz no me llega.
Es como Dios,
lejana.

Tus palabras dolían,
traspasaban.

No puedo dialogar
ni con El,
ni contigo.

Son simplemente ausencias.
No quiero dialogar
ni con El,
ni contigo.

Ni tú
ni El
existen.

desconcierto

Otra vez mis impulsos
me sorprenden,
me condenan al pozo,
me descubren,
marcan tu nombre a fuego
en mis tejidos.

Aquí estoy con mis llagas,
con mi dolor
a solas.

A través del otoño,
de este olor a otoño
ardiendo en la fogata,
me golpea la brisa,
me lastima los párpados
el humo.

punto de partida

Me dejó el río
náufraga
sobre una isla de su delta.
Relámpagos inciertos iluminan la nada.
Bajo mis pies
el fango.
No hay rumbos marcados
ni faroles.
Los amigos espejo se esfumaron.
Invento la luz.
Las nubes se vuelven gris perla.
Agrego una brisa
y se agita el agua.
Poco importa quién soy:
un punto vigilante
y por ahora basta.
Antes de inventar una gaviota
debo pensar lo bien;
traen complicaciones.

Si te inventara a ti,
podríamos comunicarnos por un rato.
Tendríamos en común el río
y el lodo
y las nubes.

Nos reiríamos colaborando
en un cangrejo.

Conversaríamos
hasta que de nuevo me inventaras
ajena a mí.

Hay algo que me acecha:
el pozo,
el cuarto oscuro.

Se vuelve el agua fría
y malévolos el viento.

Invento una gaviota,
invento lágrimas.

pequeña patria

Detrás de mí
un remolino de huérfanos pálidos,
de niños con el vientre hinchado,
de madres pordioseras
exhibiendo a sus hijos
 llenos de moscas,
de mendigos astutos
 que invierten su vida
 en una pierna morada de costras
 y vendas sucias.
Me detengo y grito:
 “Se está cayendo el cielo.”
 “Queridas,”
 comenta la señora gorda
 mientras baraja el naípe,
 “¿saben la última noticia?
 Dicen que el cielo se está cayendo.”
 A las tres de la tarde
 se abre la reunión de directorio.

Me levanto y digo:
“Señores,
hay un sólo capítulo
en la agenda de hoy:
se está cayendo el cielo.”

El gerente se agita.
“Propongo”, exclama
“la construcción de una caja fuerte
debajo de la tierra.
Debemos proteger nuestros archivos,
los valores.”

Llama el centinela al cuartel
con la noticia.
“Que las tropas vestidas de campaña
se formen,”
increpa el general,
“que levanten rifles y bayonetas,
que sostengan el cielo.”

El día está nublado.
Se cumple una cuota normal
de actividades.

Los carniceros venden tres cuartos
a las amas de casa
y cobran un kilo,
las solteronas ventilan sus odios
en aulas de pupilos,
los donjuanes
se pavonean con sus amigos
mientras las criadas
arruinan la comida

y contemplan el aborto.
Pronto el arbolito de café
dará cerezas rojas,
la caña, miel,
los desfiladeros de algodón
nubes carnosas
que habrán de convertirse
en Cadillacs,
en una noche de casino,
en el alquiler de una suite en Cannes.
Me siento a la mesa de los intelectuales.
“¿Qué haremos?” pregunto.
“Se está cayendo el cielo.”
Sonríe el viejo radical.
Hace veinte años lo predijo.
“¿Y si fuera verdad?”
pregunta el joven iracundo
“¿qué haremos?”
Con ademán ajustado
al significado histórico,
saca su pluma
y comienza a redactar sobre el mantel
un manifiesto de intelectuales y artistas.
Hace días que no salgo.
El cielo no se cae.
Los políticos lo han dicho,
los directores,
los generales,
hasta los mendigos lo afirman.
Para cada señorito

hay una criada encinta
manteniendo equilibrio.
Para cada señora gorda
un tuberculoso que recoge algodón,
para cada político
un ciego con bastón blanco.

Todo es lícito.

Mi pavor, infantil.

La exhibición pública
de la angustia
hace daño a las gentes,
interfiere con el comercio,
amedrenta a los niños.

Mañana iré al mercado.

Lo recetó el psiquiatra.

Podré ofrecerle
diez centavos a un mendigo
y sentir compasión.

documental

Sé conmigo una cámara.
Fotografiemos la guarida,
la hormiga reina
expulsando sacos de café,
nuestro país.

Estamos en el corte.
Enfoca sobre esa familia que duerme
obstruyendo la zanja.

Ahora,
en medio de los árboles:
los dedos rápidos,
morenos,
manchados de miel.

Cambia de cuadro:
la fila de hombres hormiga
que bajan la quebrada
con sacos de cereza.

Un contraste:
muchachas vestidas de colores

ríen, charlan,
recogen granos en canastos.

Más cerca.

Un close up de la madre encinta
dormitando en la hamaca.

Enfoca bien las moscas
que salpican su rostro.

Corta.

La terraza de mosaicos lustrados
protegida del sol.

Criadas de cofias blancas
nutren a las damas
que juegan canasta,
celebran invasiones
y se duelen de Cuba.

Izalco duerme
bajo el ojo del volcán.
Un rugido subterráneo
lo sacude.

Con su carga de sacos,
camiones y carretas
chirriando cuesta abajo.

Además de café
se siembran ángeles
en mi país.

Un coro de niños
y mujeres,
con el cajoncito blanco
se apartan respetuosos
mientras pasa el café.

Las mujeres del río
lavan su ropa
desnudas hasta la cintura.
Canjean los choferes
alegres obscenidades
por insultos.

En Panchimalco,
padeciendo que cruce la carreta,
un campesino
con las manos atadas
por los pulgares
y su escolta de guardias,
pestaña al avión:
abeja rebosante
de caficultores
y turistas.

Se detiene el camión en el mercado.
Un panorama de iguanas,
gallinas,
tasajo,
canastos,
rimeros de nances,
níspberos,
naranjas,
zunzas,
zapotes,
quesos,
bananas,
perros, pupusas, jocotes,
olerías ácidas,

melcochas,
orines, tamarindos.
El café doncella
baila en el beneficio.
Lo desnudan,
lo violan,
lo tienden en los patios
y se adormece al sol.
Las bodegas oscuras
se iluminan.
Desprende el café oro
reflejos de malaria,
de sangre,
de analfabetismo,
de tuberculosis,
de miseria.
Sale rugiendo
el camión
de la bodega.
Bramando cuesta arriba
sofoca la lección:
A de alcoholismo,
B de bohío,
C de cárcel,
D de dictadura,
E de ejército,
F de feudo de catorce familias
y etcétera, etcétera, etcétera.
País etcétera,
país llaga,

niño,
llanto,
obsesión.

mis adioses

El jet de la tarde me arranca de Ezeiza.
Me lanza contra la pared
de la cordillera
impregnada de sombras.
Me arranca de los adioses,
de la última vez
entre rostros rioplatenses,
de la noche en el acuario verdeazul
con humo flotando como plankton
y monstruos marinos
se deslizan por la luz
al compás de un tango.
Desde mi ventana,
la mancha morada de las pampas.
Repite a solas mis adioses,
los prenso
entre las hojas de un libro
que no leo.

El horizonte se encoge
y nos asalta.
Nos pasa el Aconcagua
con su joroba rosa.
Santiago deslumbra en el crepúsculo.
Casi sin verlo
recorro el aeropuerto,
casi sin recordar las otras veces,
los otros adioses
que he dicho aquí,
esquivando esta despedida
solitaria,
definitiva.
Lejos de mi ventana
una luna nueva
se hunde en el Pacífico.
Pienso en los años,
los amigos,
la geografía.
América es grande,
me digo.
Un bloque de piedra
torturado.
Su yerba,
sus árboles,
sus voces crecen,
trepan,
entierran nichos de piedra estéril.
América es una viva piedra verde.
Es difícil América,

es oscura,
es verde,
es difícil.

La estrangula la selva.

El sol
le siembra desiertos.

Sus hombres se pierden
entre arrugas
y ríos.

Escazú,
Mombo,
Momotombo,
Chingo,
Izalco:

su pregunta brumosa
me persigue.

Santa Ana.

Mi gente una vez más.

El patio con verdes
y con sombras,
la ceremonia del refresco,
el chaparrón,
la interminable fila de visitas,
los lentos murmullos
de la tarde,
el monólogo de la tía Virginia,
de su amor perdido
y de sus gatos.
Cementerio de razas
es mi valle:

cementerio de nombres —
Sihuatehuacán,
valle de las mujeres hermosas —
de tribus anónimas,
lampiñas,
de conquistadores con barba
y caballo,
de doncellas inmoladas
ante la mirada jade
del jaguar.

Mi América es sangre derramada:
una puesta en escena de Caín y Abel,
una lucha sin tregua
con el hambre,
la rabia,
la impotencia.

Me arranco,
me voy.

Apenas me importa un sollozo.

Como un bocadillo
me trago a Guatemala,
sin saborearla,
sin la grave presencia
del Agua
y del Fuego
desde Antigua,
sin la mancha morada
de Atitlán,
sin oler el copal

quemándose en las gradas
de Chichicastenango
aquel domingo de colores,
tejidos,
rostros herméticos
y polvo
y tropezones.

Se desliza el taxi
en el asfalto.

Me conduce con ritmo
de cornetas,
mariachis,
cantinfladas,
costras de revolución.

Recorro los barrios de adobe,
el neón de Reforma
y de Madero.

Los cambios me confunden.
De la larga jornada
me quedan los adioses:
adiós a Maitencillo,
a la playa de noche;
a las calles de Mérida,
fosforecentes;
a Tito castigándose las cejas;
a la nieve arenosa en Farellones —
los cóndores,
Manuel —,
a las fatigosas discusiones con María Elena;

a Miquel
y su oscura resignación;
al jardín botánico en otoño;
a los tangos de Idea
y su conjunto inexistente;
a las velas titilando
en Botafogo;
al cursi carnaval
en 18 de Julio
con Luz
y Mario
y confetti.

“Me he puesto a teclearte estas líneas
mientras pasan los tanques rumbo

[a Buenos Aires,”

me escribe Roa.

“No veo pasar a los mastodontes de hierro,
pero los oigo avanzar, rechinando.

¿Te acuerdas de lo que hablábamos

[con Bud, contigo,

oyéndonos los pensamientos, queriendo

[para nuestra América

así en singular, un destino

[que no nos hiciera avergonzar?”

Adiós, Roa
y Zoraida
y Sebastián
y Manolo
y Lucho
y Pueyrredón.

índice

| | |
|---------------------------------|----|
| piruetas en una sala de espejos | 7 |
| té con las tías abuelas | 9 |
| la siguanaba | 11 |
| aunque dure un instante | 15 |
| el abuelo | 19 |
| soledad y nueve de julio | 23 |
| matinée | 25 |
| se hace tarde, doctor | 27 |
| sala de niños | 31 |
| AUTO DE FE | |
| líneas rectas | 35 |
| morning thoughts | 37 |
| prisionera | 39 |
| confesión | 41 |
| desconcierto | 43 |
| punto de partida | 45 |
| pequeña patria | 47 |
| documental | 51 |
| mis adioses | 57 |

este libro se terminó de imprimir
para la editorial alfa, de monte-
video, en los talleres gráficos
bouzout, calle cerrito 170-72,
en el mes de setiembre de 1965.

PQ7539. A47V48



a 39001



004110287b

268

